

y que le produciria efectos maravillosos si fuera mas prudente de hecho, ó escogiera mejor sus ga lanas.... Estoy mintiendo; nunca le producirà sino desengaños; porque á un peso falso algun dia le salta el cobre à fuerza de uso, ademas de que siempre suena mal.

Por esta noche yo salí satisfecho de mi visita y creyendo que en efecto se moria por mí, segun me habia dicho mi amigo, á quien no pude ménos que bendecir por la buena noticia.

Algo me podia sin embargo aquella franqueza, aquella especie de alegría con que me dijo que en el campo lo habia olvidado *todo*; y yo estaba presente ahora y no entraba en las escepciones!.... ¡Eh! me decia yo—ella es algo coquetilla y con estas inconsecuencias se propone picar mi amor, pero me quiere, y....

X
Febrero 25.—Me he propuesto visitarla solamente de noche porque es la hora que ella misma me ha indicado: la encontré leyendo.

—Siento haber interrumpido....

—¡Oh! no; leia á falta de ocupacion mejor.

—No me considero....

—La conversacion de un amigo que se aprecià es mejor que todos los libros.... ¿Por qué tan léjos?—me preguntó interrumpiendose, al verme sentar á dos varas de ella.

—Me sentaré donde vd. guste.

—Aquí; junto á mí.

—Sea en buena hora. ¿Y qué leia vd?

—Qué sé yo; el primer libro que se me vino á la mano.... Sòn horribles las noches que paso. Rosa mi hermana se duerme bien temprano y me deja sola siempre, sola.

—Esto es hecho—pensé dentro de mí—no pueden ser mas claras sus insinuaciones, ni mas decisivos sus avances.

—Yo vendria á ver á vd. mas frecuentemente; pero temo fastidiarla.

—Ni lo diga vd.

—Ademas, temo no encontrarla siempre, ó estorbarla muchas veces para salir.

—Si nunca salgo.... de noche á lo ménos; no tengo á donde ir, ni quien me acompañe.

—Los hermanos....

—No me hacen caso.... ni yo á ellos.

—Cuantas veces....—y me quedé callado pensando que me aventuraba mucho en lo que iba á decir.

—Siga vd.

—Era una necesidad.

—Sea lo que fuere quiero saberlo: soy muger y debo ser curiosa.

—Pero si no debo decirlo.

—¡Gabriel!.... no quisiera que tuviera vd. secretos para mí.

—Pues bien: iba á decir que algunas veces no entro, porque no mirando luz en los balcones, creo, ó que no está vd. en casa, ó que duerme ya, ó en fin, que tiene alguna ocupacion.

X —De noche ninguna, ninguna; ¿y quien duerme tan temprano? solo mi hermana que es una niña y no tiene en que pensar.

En el mismo tono siguió la conversacion toda la noche; los ojos fieles intérpretes del deseo, no estaban mudos, y muchas veces tenia que bajar los mios no pudiendo sostener una de aquellas miradas prolongadas y silenciosas, que son una declaracion formal; muchas otras la veia yo apartar de mí la vista, ruborizada por encontrarse con la mia que la devoraba.

Frecuentemente se veia disimuladamente al seno ó se prendia mejor el pañuelo, ó se componia el talle cuidando de que mis ojos no aprovecharan un momento de descuido ó de descompostura: en fin, hizo todo aquello que abre el apetito del hombre mas frio y descuidado.

Pequeños obsequios, condescendencias fáciles, prevenciones espontáneas y espresivas; todo ese lenguaje práctico que se emplea en estas ocasiones usó conmigo.

Una sola cosa evita constantemente; contraer compromisos, contratos formales que la obliguen y la hagan dependiente de la voluntad de otro, que pudiera despues ecsigirle con derecho el cumplimiento.

—Seré un imbécil decia yo—caminando para mi casa—si no alcanzo de esta muger cuanto quiera: ella misma me abre el camino, me conduce, me impele; bien decia mi amigo; se muere por mí. Con esta

creencia por todo fundamento, y confirmada solo por lo que en ella veia, y que en otra muger que Isabel hubiera significado mucho positivamente, tenia bastante para formar planes tan lisonjeros cuanto fáciles y gozaba ya placeres muy gratos con esta muger. Cada dia me fijaba mas en ella, y se apoderaba insensiblemente de mí la idea de poseerla.

Febrero 27.—Anoche pasé por la casa de Isabel; los balcones estaban perfectamente alumbrados; pero creia ver mucha gente, y no gustando de la tertulia me pasé de largo. Esta noche he visto tambien buena luz y he entrado.

El mismo tema de la noche anterior: la tristeza y la soledad.

—Anoche tenia deseo de ver á vd.; pero noté desde la calle que habia visitas, y como yo no vengo á buscar tertulia, sino á verla á vd. me pasé de largo.

—¿Adonde?

—A encerrarme.

—Embustero.... Vd. que nunca llega á su casa ántes de media noche.

—Me habia propuesto ver á vd., y no cumpliendo mi deseo, era difícil que hallase otra compañía que me consolase del disgusto de no haberla visto.

—Pero anoche no ha habido en casa visitas.

—Ví dentro de las vidrieras algunas sombras y....

—Rosa y yo seguramente; nadie mas.

—Siento haberme equivocado.

—Por los dos debe vd. sentirlo.... Me muero de tristeza sin una persona con quien platicar, con quien divertirme.... (El verbo *divertir*, cuyo complemento directo era yo en este caso, me disonó como un violin destemplado, y la disonancia me ha hecho tal efecto que todavía la tengo en los oídos).

Ha estado tan halagüeña, tan blanda, tan obsequiosa como siempre: pero el maldito *divertir*, me viene á amargar todo el gusto.

En mi cuarto he hecho la reflexion siguiente:— Isabel ha quebrado con Jacinto, y efectivamente necesita diversion; porque una muger no puede estar ociosa de intrigas y de amorios. ¿A quien tiene mas cerca ahora? à mí: luego á mí debe ocurrir primero que á otros. Ella recuerda que en el baile de máscara de Lerma fuí con ella tan atrevido como puede serlo un hombre decente; tanto que quise arrancarle del pecho una flor ó un lazo, no me acuerdo lo que era. Me tendrá, pues, por un calaverilla atrevido y emprendedor, un original, un loco, como me dice todo el mundo, muy capaz de enredar y seguir una intriga, no tan vulgar y neciamente como los demas; ella es medio romanesca, medio caprichosa, gusta de escenas nuevas y difíciles....

En fin, me toma como à instrumento de su placer; no me ama, ni se muere por mí.... esto es triste.... pero qué hacer?.... Sí, adoptaré mi posicion con todos sus peligros é inconvenientes; ¿placer y diver-

sion busca en mí? diversion y placer me proporcionará ella. Al hacer nuestro corte de cuentas quedaremos iguales.... Y firme Gabriel, firme sin desperdiciar las ocasiones, que esta es *bocato di cardinali*.

Marzo 1º.—Por temor de que se note la frecuencia de mis visitas no las hago todos los dias. Esta noche he percibido desde bien léjos la claridad de los balcones; y mas cerca à Isabel sentada en un butaque fuera de las vidrieras. Bueno—esclamé—queria yo una señal, y ¡la tuve; me disculpé con una equivocacion, y no me dan lugar á otra segunda; me espera en el balcon, y sola, para anunciarme que no tengo ningun inconveniente.

—¿Qué hace vd. aquí tan sola?—le dije al entrar.

—Tomaba el fresco.... ¿Nos quedamos aquí?

—Donde vd. guste.

—Aquí, pues, nos quedaremos, aunque no es el lugar de recibir una visita, pero á vd. lo trato como amigo, y aquí haremos estrado.

—Con mucho gusto. ¿Cómo va de tristeza?

—Ahora estoy contenta.

—¿Sabe vd. que pienso que está vd. enamorada?

—¡Yo!..... no lo crea vd.: les tengo miedo á los hombres; temo no encontrar uno que me ame tanto como yo soy capaz de amar.

—¿Seria vd. muy amorosa?

—Mucho, como ninguna otra; y por eso no amo

á nadie..... Me moriría de vergüenza y de pesar, si encontrara á mi amante frio cuando yo estuviera llenandolo de caricias.

—Pero vd. no debe tener ese temor: ¿qué hombre que la conozca no la amarà con delirio?

—¿Así lo cree vd?... no me adule.

—Apenas comienzo à tratar á vd. familiarmente y á conocerla, cuando ya la estimo mucho.... Si un dia llegara á amarla....¿Y cómo querría vd. que fuese su amante?

—¿Vd. como se figura que debese?

—Lo que yo quiero es saber el gusto de vd.

—Y yo lo que vd. piensa.

—Yo creo....

X
—Vea vd.; uno de los grandes defectos de los hombres es querer convertir en obligaciones todos los favores que se les conceden por amor. Lo que vieron un dia lo escogen siempre; y no saben que de ese modo aridecen el placer por la monotonía y entibian el afecto; porque toda obligacion se cumple con desgano: por otra parte, señor; ¿las mugeres somos esclavas?... Lo confieso; en este punto soy muy orgullosa; y apenas hay cosa que me dé mas ira, que la condescendencia de esas mugeres necias que se dejan mandar, sí, mandar por sus amantes.... señor, si cuando ellas están en la época de su despotismo son vasallas, ¿hasta qué punto no se envilecerian despues de casadas?

—¡Oh! es vd. muy altiva.

—La verdad, sí, y es una de las causas porque temo tanto al matrimonio.

—¿Cómo!.....

—¡Decirle á un hombre—soy tuya!..... por amor pudiera ser; pero considerar que desde aquel momento quedaba sujeta á los caprichos de un hombre, que piensa que la muger es un mueble!..... Que gusto que nunca me he de casar.

—¿Nunca?

—Nunca. ¿Qué me falta en mi situacion para ser feliz? salud, alegría, dinero, libertad.....¡Ay! me horripilo cuando pienso que podré caer en manos de un hombre que convierta mi amor en obligacion, y no sea bastante digno para evitarme que cometa las bajezas que las otras mugeres.

—Vea vd.; tampoco estoy yo por el matrimonio; ninguna razon tengo para ello, sino una repugnancia instintiva que me aleja de él, pero en la organizacion de nuestra sociedad no se permiten ciertos goces del amor sino bajo esa condicion y.....

—No amar á nadie.

—Si para un hombre es difícil, para una muger es imposible vivir sin amor.

—Y bien; ¿es fuerza casarse con un amante? Si yo tuviera uno, escogiria de él simplemente que todos los momentos que le dejaran libres sus ocupaciones me los dedicara á mí; me conformaria con verlo y hablarle todos los dias; me informaria de su vida, y le pediria cuenta de ella, mientras me es-

taba à mi lado..... Esto es bastante para mi amor..... yo estoy por el platonismo.

X ¡Muger incomparable!—dije entre mí—apénas habria yo encontrado otra que me conviniera mas. Mis ocupaciones me permitirán verla dos, tres, diez veces al dia; un beso al despedirme, un soneto cada semana, y un ramo de flores cada vez que vaya á un jardin; hé aquí cuanto necesito y cuanto me pide ella..... por su amor, por un amor platónico..... ¿esta si comprende el corazon de un poeta!..... y qué sé yo si con el tiempo..... al fin y al cabo hay cosas indispensables: la ocasion..... el amor..... el entusiasmo.....

Todas estas fueron reflexiones que me pasaron como un relámpago. La conversacion siguió.

—¡De veras!...—esclamé con la alegría en los ojos.

—Es el único modo de conservar la llama del amor. ¿Vd. no está por el platonismo?

—¡Oh! sí.

—Dos amantes que solo están ligados de corazon, no se tiranizan; nunca mandan, sino que indican ó insinúan buscando siempre la manera mas delicada, ¿y qué muger no cede con gusto á la voluntad de un amante espresada con timidez, con humildad? y al mismo tiempo tiene lugar de agradecer la espontaneidad de los favores que se le conceden. No sé, de veras no sé qué placer puede hallarse con una muger que cede á un mandato, y que al caer en los brazos de su marido lleve en

sus ojos pintada la resignacion..... En esa escena, los ojos deben tener una espresion diferente.

—¡Isabel!..... me habian dicho bien ántes de conocer á vd., que no era una muger vulgar.

—Mi superioridad consiste en la baja de las demas mugeres..... Cuando yo veo que las hay que se abaten hasta darles zelos á sus amantes!.....

—Pues si vd. desconfiara, ¿qué haria?

—Si solo tuviera desconfianza, me callaría; si tuviera pruebas de su infidelidad, apelaria al desprecio; pero decirle una sola palabra!..... eso es rogar; y yo no sé rogar ni á mi padre. Una muger por orgullo, un hombre por dignidad, no deben tomar zelos.

—¿Pues qué hace un hombre?

—Callar ó despreciar..... ¡Si me parece imposible amar teniendo desconfianza! La fé es el sosten del amor, y perdida una vez, no queda otro recurso, que abandonar el objeto; ó si no se tiene sospechas ni fundamento alguno, ¿á qué molestar á la muger?..... Si mi amante me tomara zelos quebraría con él; y si fuera mi marido..... quien sabe: la desconfianza es el medio mas seguro de precipitar á una muger. Tan bonito que es para una no verse sojuzgada, ni espiada; y tan bonito que ha de ser para un hombre poseer una muger libre, ver que lo sigue por su voluntad, sin obedecer à otro impulso que el del amor.....

No recuerdo ya cuantas cosas mas hemos habla-

do: la conversacion duró mas de dos horas, y el asunto ha sido el mismo; amor y matrimonio.

X En verdad que me causa estrañeza hallar en Búrgos una muger, *esprit fort*, nada vulgar en efecto; porque si no se encuentra en ella nada de sublime ni extraordinario, es bien notable que sin educacion, sin instruccion de ninguna especie, sin sociedad, que realmente no hay aquí, haya adquirido por sí solo un caudal de ideas, que aunque no profese, y tal vez ni comprenda, sabe espresarlas en un lenguaje no florido ni elegante, pero claro y fácil: acaso no cree ni siente la mitad de lo que habla, pero es loable su ambicion de imitar á los personajes notables, que habrá visto en las novelas: quiere salir de la mania y encogimiento comun; tiene ambicion de distinguirse, y solo esto la distingue realmente, y le da un lugar superior á las demas.

Esto me cautiva, me interesa tanto mas que ella, no ha nacido en Madrid, ni en Paris; todo su mundo ha estado siempre limitado por el horizonte de Búrgos, y sin maestros ni ejemplos, ha llegado á ser una muger pataratilla. pero que sabe encubrir perfectamente su fatuidad y su bachillería.

¡Soberbio!.....—he dicho ya en mi cuarto:—voy á tener unos amorcillos sabrosos, picantes, nuevos: mis amores han sido hasta hoy tan frios y monótonos!..... Es indudable: sus palabras, sus miradas, sus menores acciones me dicen que que soy feliz esta vez..... Solo aquel maldito platonismo desbarata todos mis planes, anula el objeto y fin de todos

mis deseos y mis pretensiones: ¡Pues cómo diablos le achacan tanto, cuando ella profesa el *platonismo*?... Vamos, se esplica: ella me juzga esencialmente poeta, espíritu puro, y me habla el idioma de las ilusiones; es buena cómica, y sabe cambiar de carácter segun reconoce el de la persona con quien se propone hacer comedia.... Recapitulemos: su amante ha de ser platónico, verémos: humilde, confiado, discreto y agradecido: ha de buscarla cuantas ocasiones pueda, y ha de darle cuenta de todo lo que haga: no lo quiere para marido.... Héteme aquí de molde, como si me hubiera mandado hacer: con mi manía de escritor le haré un diario, le escribiré mis confesiones; la visitaré por la mañana, por la tarde y por la noche; ya tengo en que ocupar mis ratos ociosos, en que divertir (yo tambien) mi fastidio. No le pediré nunca zelos aunque la vea con otro, y esto me asegura una posesion perpetua, sin que pueda llamarme sinvergüenza: humilde? siempre lo he sido.... ¡Le tiene miedo á un marido!.... nunca pretenderé serlo suyo; ya tendria yo sarna que rascar si tuviera obligacion de darle otra cosa que versos y requiebros. ¡Gabriel!.... ¡Gabriel!.... te cayó la lotería grande y sin entrar en ella. Yo no la he buscado.

Es muy probable que esta noche sueñe muchas escenas bellísimas con Isabel.

Marzo 2.—No soñé nada anoche apesar de mi entusiasmo y mis esperanzas. De buena gana al-

quilaria un cuarto frente ó dentro de la misma casa de Isabel, para poder mirarnos perpetuamente. Todo el dia lo he ocupado en inventar medios de hacerme amar gratis; ratos ha habido en que me ha asaltado un terror pánico al considerar qué responderia yo si me preguntase ella un dia los medios con que cuento para emanciparla en el caso de que llegemos á arreglarnos, y un accidente ó el amor haga indispensable el matrimonio. Quiera Dios que no se estinga su antipatía al matrimonio, y quiera Dios darme palabras para mantenerla en tan cristiana opinion. De buena gana la hubiera visto esta noche, pero me domina la idea de fastidiarla y de alarmar á la familia: me he contentado con pasar en la tarde por su casa y saludarla desde la calle. He estado bien inquieto.

Marzo 4.—Esta tarde la ví en el paseo y su salud me ha llenado de satisfaccion: en la noche me esperaba en el balcon. ¿He de escribir todo lo que hablamos? me faltarian papel y memoria. Solo diré que sentí al verla una alegría extrema y que ya deseaba hablarle. La conversacion giró sobre temas todos relativos al amor; cada vez me permite decirle lisonjas y galanterías mas claras, mas íntimas y espresivas al paso que recibo de ella mayores pruebas de aprecio, de amistad, de distincion: tambien ella me adula alabando mi carácter y mi talento. No permite que me sienta léjos de ella, me mira con unos ojos que me desquician, me aturden, me enagenan; hace unas cositas tan graciosas

que me seducen..... vamos, me muero por ella definitivamente.

Los ratos de silencio á su lado son para mí los difíciles: no sé que hacer, ni que responder á cuanto me dicen su ojos: es imposible que ella haya desconocido en los míos el fuego que los enciende, y que reprimo..... por temor solamente. Realmente me gusta, y tengo miedo de llegar á quererla....

A esta idea ha seguido un remordimiento. ¿Será mi corazón infiel á Serafina? Siento empuñadas mis ilusiones con ella, y me estoy creyendo en este momento un hombre vil: ninguna otra muger debe poseer ni profanar mi corazón ennoblecido por Serafina..... ¿Pero quién ha dicho que Isabel tiene mi corazón? Si la amo, es un amor de otra especie el que siento por ella, y..... En fin, gozemos lo positivo: entreguemosle el cuerpo, mientras conservo para la otra el alma siempre llena de sus encantos é ilusiones.

Desde que tomé este vado me siento mas alegre: no quisiera irme á dormir por no dejar de pensar en ella, en Isabel: todo es contento y placeres para el porvenir; me está seduciendo la idea de poseerla.

Marzo. 6.—Mi inquietud crece por momentos; no estoy contento sino á su lado ó pensando en ella. Esta noche hace un tiempo hermosísimo; la luna llena, el cielo limpio, el viento fresco y suave; yo sé que encontraria á Serafina paseando si fuera á buscarla, pero me ha vencido el deseo de ver á Isabel.

La encontré sola con su hermana: despues de algunas frases hablamos del tiempo, y resolvimos salir á pasear: un hermano debia acompañarnos, y á mí, estraño á la familia, me tocaba dar el brazo á la mayor.

Isabel y yo íbamos atras: desde que salimos de la casa hablamos poco, muy poco: en esta situacion jamas se habla mucho, una que otra frase cortada, alguna observacion sobre la luna, cumplimientos, preguntas estravagantes..... De esta manera ocupado el pensamiento en ella esclusivamente, temiendo hablar demasiado porque todo me convidaba á hacerlo, hemos andado cerca de media hora maquinalmente, siguiendo las huellás de los dos hermanos que iban delante de nosotros: pero caminabamos á paso lento, de modo que nos habiamos alejado considerablemente de ellos.

—Andarémos mas aprisa— me dijo Isabel.

—Como vd. guste.

—Nos vamos apartando mucho de mi hermana y la gente lo notará.

—¿Y qué?

—Creerá que algun motivo nos obliga á separarnos..... Si fuera cierto no me importaria lo que dijesen; pero ¿para qué hemos de dar motivo no habiendo nada?

Yo estaba en el mero borde de la pendiente; una palabra mas, una sola mirada y me precipito. Temo que todavia no fuese tiempo y me contuve; pero

con una gran violencia. Nada respondí; mudo como un imbécil aceleré el paso y nos reunimos á los compañeros: descansamos un rato bajo uno de los árboles; dimos otro paseo corto y volvimos á la casa, mas silenciosos que ántes. La despedida fué elocuente.

Ahora que estoy solo y entregado á mis reflexiones, me arrepiento de mi cobardia, y temo que me salga á la cara; yo he oido decir á mis amigos que el hombre que deja escapar las ocasiones que una muger le presenta cae en el desprecio y aun en el odio.

Y así debe ser en efecto: la muger que dá una ocasion se declara; y un hombre que no corresponde manifiesta torpeza ó desamor; si torpe, merece el desprecio, y si insensible, el odio; Este es el efecto que produce el desden en hombres y mugeres; por eso no estraño y antes veo muy natural el que hoy me tiene ó me manifiesta Serafina.

Marzo 18.—Doce dias han pasado, doce dias de inquietud, de alegrías, de temores, de esperanzas, de felicidad, porque creo haberme hallado una fortuna. Fortuna es ciertamente hallar amor grátis, que me sirve al mismo tiempo de remedio y de consuelo contra los desdenes de Serafina.

Miéntras mas interesado me he sentido, tanto mas vivos han sido mis remordimientos quijetunos por mi infidelidad á Serafina. Se van á reir los que lo sepan; pero me creo tanto mas obligado á ser fiel,

cuanto mas desdeñado he sido; y me parece una verdadera profanacion decir palabras de amor á otra muger, obsequiarla públicamente, dedicarle el tiempo que ántes empleaba en meditar en Serafina. Desechar la dulce tristeza en que me gozo hace tanto tiempo!..... es empañar, en fin, mis ilusiones; ilusiones no mas, pero que como poeta me inspiran, como hombre me ennoblecen, como amante me satisfacen..... Y todo, por qué?..... por lisonjear mi vanidad; por contar en el número de mis conquistas una coqueta de tono.

Pero en fin, he pasado doce dias de vida, de alegría; mi porvenir siempre oscuro se ha despejado algo; no me ha entristecido la idea de mis acreedores y de mi miseria. En medio de mi habitual y sorda desesperacion, he conocido que hay algo en el mundo capaz de entretener la imaginacion sin fatigarla, de ocupar el corazon sin lastimarlo: porque el corazon ha tomado parte, lo siento ya y lo confieso así. No es este afecto el mismo que ha trasformado á Serafina en una divinidad adorable, llena de seducciones, cercada de una atmósfera de encantos y pureza cuya fragancia me ha tenido ebrio, loco, imbécil por tanto tiempo; pero hay algo que interesa mi corazon con un afecto, que no por ser impuro y efímero deja de existir.

No quiero contar las escenas que han pasado en este tiempo; escenas difíciles de pintar, y que no tienen interes mas que para los actores. Sonrisas, miradas, palabras, obsequios, disimuladas caricias,

finezas delicadas..... cuanto puede inventar el ingenio de una muger galante, y de un pretendiente con esperanzas: á cada visita, mayor familiaridad, mas confianza, mas intimidad..... En pocas palabras; las gentes que nos ven me dan por feliz, y los baños de agua rosada con que mis amigos me refrescan la sangre, me aseguran que si aún no he llegado al fin, estoy próximo á tocarlo.

Llega por fin el dia de la crisis. He almorzado con algunos amigos francos y alegres; he comido bien y he bebido tanto que aún me duran los humillos: brindé por Isabel y me hacia falta en la mesa. La tarde la he pasado en un jardin hermoso, lugar de la fiesta. Al volver he recibido en el camino un recado de ella que me esperaba: al llegar al café me han dado otro.

Isabel ha dado esta noche en su casa una especie de *soirée* y no queria que faltase yo á ella. Al punto corrí alborotado á vestirme para ir á casa de Isabel.

—¿Quién de todos le avisó á vd?—me preguntó Isabel al verme en la antesala.

—Fulano.

—A cuantos conocidos pasaban por el balcon les supliqué le avisaran à vd.

—Mil gracias, y aquí estoy.

—No envié recado á su casa, porque sabia que no estaba y me pareció mas probable que lo hallara en el café, ó en otra parte..... en fin, ya está vd. aquí.

—Y muy contento.

—No crea vd. que esto es un baile formal: ha sido una tertulia improvisada hoy mismo: no concurrirán sino los amigos de confianza.

Demos un vistazo á la sala. No es muy grande, y está adornada con mas gusto que lujo. La embellecen quince ó veinte jóvenes todas de buena educacion y buen nombre, las principales del lugar; los jóvenes son en todas partes los mismos. Allá en un rincon se nota un grupo de hombres circunspectos que no cantan ni bailan; lo mas notable entre ellos es un par de bigotes enormes que huelen á pólvora de á legua; el hombre que los lleva, inmóvil en su asiento no hace otra cosa que hablar y observar.

La *soirée* ha comenzado con unas cuadrillas: al comenzar á formarse los grupos he ido á invitar á Isabel y no la hallé comprometida: cosa estraña, siendo la que hacia los honores de la casa, y debiendo haber recibido invitaciones de la mayor parte de los jóvenes concurrentes: luego esperaba bailar conmigo y esperó hasta la última hora. Este primer síntoma me envaneció. En los intermedios hemos hablado lo siguiente:

—Tengo vergüenza de bailar—me dijo mirándose al seno.

—¿Por qué?

—Estoy tan mal vestida.

—Bastante bien está vd.; y sobre todo, que la belleza no necesita de la compostura.

—Ni me diga vd. eso.

—¿Le enoja á vd.?

—No, pero es una mentira.

—Yo la creo realidad.

—En fin, si le parezco á vd. hermosa, ¿qué importa aunque no lo sea yo?..... mejor.....

Y comenzamos á hacer la segunda figura. Los hombres de mi grupo me miraban con ojos envidiosos y yo hacia por reprimir mi satisfaccion. Continuamos.

—Espero que no será esto lo único que bailemos juntos.

—No, me respondió: pero sea vd. prudente: es preciso que me deje bailar con los demas, si no lo notarán.

—Antes que nada un valse.

—Bien.

—Y una contradanza.

—Bien.

—Y.....

—No tanto: ¿qué tiempo me deja vd. para los otros?

—Vd. disponga entónces.

—Eso es mejor: yo le guardaré á vd. sus ratos, y de ese modo todo sale bien.

—Pero sin olvidar.

—Otra vez no me he olvidado. (Me recordó el carnaval.)

—Es cierto.

—Entonces á que viene la desconfianza.

Hemos hecho la tercera figura, y yo me sentia reventar de gozo. De su mano á la mia pasaba una corriente eléctrica que me bañaba todo el cuerpo; al traves de los guantes sentia yo el calor de su mano, que me daba sin etiqueta, y yo tomaba con ternura, con confianza; la estrechaba con una suavidad delicadísima temiendo lastimarla ú ofenderla.

—Estoy pronto á perdonarlo todo—le dije—ménos el valse.

—¿Le gusta á vd. mucho?

—Sí.

—Con razon: es el baile mas bonito.

—Y el mas poético: es una especie de símbolo del amor.

—Es verdad: así me lo he figurado siempre..... por eso no puede bailarse sino con un hombre que se quiera mucho, que se distinga.

—Ya temo no bailar con vd.

—¿Por qué, inocente?

—No creo merecer tanto.

—No lo merecia vd. al ménos: debia conocer que entre todos mis amigos vd. tiene en mi aprecio el mejor lugar.

—Si fuera cierto.....

—¿Qué motivo podria obligarme á adular á vd.?

—Tiene vd. razon; soy un necio.

—No, sino desconfiado.

—Vamos, señores, que se pasa la música—nos dijo uno de los del grupo.

Sin saber que hacia me puse á bailar de nuevo, no hallando donde poner los ojos; temia yo revelar cuanto pasaba dentro de mí. Las cuadrillas terminaron, y yo dejé á Isabel en su asiento.

Al pasar junto al grupo de hombres serios, me dijo el de los bigotes:

—Dichoso vd., amiguito.

—¿Por qué?—le pregunté con aquella fatuidad del que comprende una cosa y quiere echarla de discreto ó de inocente.

—Desde aquí nada se oye, pero se ve todo.

—¿Y bien?.....

—¿Quiere vd. que le refresquen la sangre?

—No ciertamente. (Y me estaba sonriendo á mi pesar).

—Eh: vaya vd., vaya vd., y goce de su juventud, que cuando llegue á viejo tendrá que hacer lo mismo que yo; ver, y alegrarse con lo que hacen los otros.

Algo debió ver el general, porque era un general el de los bigotes, cuando me hablaba de esta manera; y apénas era la segunda vez que nos veia juntos á Isabel y á mí.

Se trató de cantar, y yo ocupé el lugar mas inmediato al piano á título de oyente. Tocó su turno á Isabel: deslumbrándome llegó hasta rozar mis rodillas con su ropa, y al volverse para componer el taburete en que debia sentarse, creí ver la gloria en su seno descubierto traicioneramente por un cor-